

IRIS



NÚM. 98

BARCELONA, 23 MARZO 1901

25 CÉNTS.

Ayuntamiento de Madrid

LAS CARTAS DE MI CUÑADO

Ayer he mandado decir una misa por el alma de mi hermana, de mi pobre hermana, que largo tiempo en cama murió sin que acertase nadie a saber su enfermedad, sin estertores, placidamente, sin que de su linda boca desapareciese su sonrisa, vistosa flor de hermosos colores y aromas delicados que lució aprisionada aun después de muerta entre sus labios de hielo, entre sus labios de mármol, fríos como él.

Al estado de mi alma no faltaba más que un escenario sombrío, un fondo triste, y ayer hallólo; ayer, con el mal tiempo, me lo deparó mi buena suerte, al azotar la lluvia los cristales de mi balcón con sus lagrimones fríos y grandes que me parecían llorados por mi hermana; al pasar gimiendo el aire por entre los árboles de mi retiro, por entre los cipreses del camino, fúnebre canto. No he salido, pues, de casa y le he dedicado a mi muerta todo el día.

Fuera, la tempestad en toda su trágica grandeza, desplegando sus horribles galas negras y sombrías, abatiendo los árboles, cubriendo los altos pinos, azotando las paredes de mi casa destaralada; yo solo, dentro de ella, con mi dolor, oyendo la fuerte lluvia que de tan espesa que es no permite ver los objetos a pocos pasos de distancia. ¡Pobre Liliانا! He recordado con religioso fervor é inefable cariño su carita ovalada, linda; sus grandes ojos azules, muy azules, como girones de cielo; su frente ancha, ligeramente morena, del color del marfil viejo; su boca fresca, su cabellera, de seda, su cuerpecito airoso de muñeca crecida, sus manitas blancas aristocráticas. ¡La he recordado, en fin, toda ella, perfumada, alegre, risueña, dulcemente hermosa, placidamente bella!

He abierto con respeto casi religioso, su *secretaire* que me confió antes de morir y que no había osado profanar aun por pueril superstición, y he visto un manojito de cartas, tres, sólo tres, lazadas con una cinta de raso negro. Las he leído, y ¡ya se de que ha muerto! ¡Lléalas aquí:

• *París, 1896.* - Nena mía: Me ha dolido la lectura de tu carta, porque en ella me dices que has llorado, que lloras aun todos los días pensando en mí, lejos, a la fuerza de tu lado. ¡Tonta! ¡Si sabes que te quiero con toda mi alma, que lejos y cerca de ti, no pienso, no vivo más que para mi muñequita rubia!

Me falta solo examinarme de una asignatura y mañana quedará listo. He alquilado un carruaje y a la puerta del liceo me esperará, marchando en él a la estación para coger el tren de las siete y treinta. Ya ves que huyo de este París, de este París que tanto temías me atrajese con sus placeres y que no me dejase oír tu voz, las palabras de tu cariño, con el rumor de su risa loca y el opaco campanilleo de sus copas, llenas hasta el borde del dorado vino.

Llegaré pronto, muy pronto a tu lado con mi título, y tu padre habrá de ceder entonces, y los dulces sueños de amor, que nos han embargado estos dos años últimos, los hemos de vivir uno en brazos del otro, queriéndonos mucho, alegres y dichosos.

Adiós, nena mía, muñequita adorada. Mientras esta carta vuela a tu lado, yo voy a hacer mi equipaje, y quizás antes de lo que pienses volverá a verte tu—Luis.

• *París, noviembre 1898.*—He recibido tu carta, y quejas y más quejas que es lo único que tu inexperiencia y tus celos han amontonado en dos pliegos, no son, ciertamente muy agradables de leer. Qué, que hago; que si me ha visto el hijo de Mr. Besuquet, mi notario, en *Folies Marigni*; que si te olvido. Y todo ello envuelto en una atmósfera de duda que fatiga y cansa y molesta al marido más fiel. ¿Tú que sabes? Negocios que no puedes comprender me obligan a estar en este París, que, si bien amable y con elegantes centros de diversión no tiene los

suficientes atractivos para hacerme olvidar que sobre mi pesa la dulce cadena del matrimonio. De todos modos, no merece tus reproches—Luis.

P. D.—Mi notario te facilitará gradualmente cierta cantidad para que atiendas durante mi ausencia a tus gastos y a los de Carlos, enfermo, según dices.

• *París, enero 1899.*—Contra mi voluntad no puedo llegar para el entierro de Carlos. Después no hago falta ya ahí y si aquí, donde mis negocios van de mal en peor.

Si es verdad, que aprovechándome de tus poderes, he vendido nuestras fincas.—Luis

ENRIQUE MUNOZ





N. WALLE: TARDE DE VERANO

Podría escribirse una obra muy interesante, para todo el mundo, historiando la evolución experimentada por la pintura de paisaje. Este género, huelga el decirlo, es esencialmente contemporáneo. Ni la antigüedad, ni la Edad Media, ni el Renacimiento ni los primeros siglos modernos sintieron la Naturaleza; la figura humana era la exclusiva preocupación de los artistas, y si por acaso se pintaban árboles, montañas, mares, cielos ó rocas, era como elemento secundario, y desde el taller. Y lo mismo que sucedía en las artes ocurría en la literatura. El paisaje, en todo caso, era *histórico*, con sus correspondientes ruinas arquitectónicas, y servía de fondo á alguna escena entre personajes más ó menos conocidos, especialmente mitológicos ó religiosos.

A tal extremo llegaba el culto á la forma humana que, no hace aun muchos años, figuraba entre los cánones en uso el de no pintar jamás un paisaje sin figuras, y como había pintores que no sabían pintarlas se daba el caso de ser dos los autores del cuadro: el uno pintaba el paisaje y el otro las ninfas, los héroes, los soldados ó lo que fuere. Puede decirse que el paisaje escrito precedió al pintado; Roussseau, hasta cierto punto, y luego, con toda decisión, Bernardino de Saint Pierre y Chateaubriand hicieron de la Naturaleza elemento de arte, siguiéndoles en esta vía, tímidamente, algunos pintores de diversos países. Pero mientras en el continente apenas empezaba á cultivarse el paisaje, en Inglaterra llegaba de pronto al más alto grado de prodigiosa perfección con Turner y Constable, de quienes aprendieron luego los franceses, hasta constituir el paisaje, en la segunda mitad del pasado siglo, la manifestación más personal del arte de nuestros vecinos. Mas no por eso decayó este género en su país de origen; los grandes maestros antes citados han tenido, sino iguales, dignos émulos y continuadores, en todos los cuales se advierte el más sincero sentimiento de la naturaleza, así en la tierra como en el mar. Es casi seguro que en los países septentrionales, por razones étnicas, está más desarrollado dicho sentimiento que entre los latinos.

Aquí el hombre es lo principal, casi lo exclusivo, mientras que en el Norte se atribuyen á la Naturaleza multitud de rasgos que solo, á nuestro juicio, son privativos de la humanidad. Las mitologías nórdicas están llenas de personificaciones vegetales, minerales, atmosféricas y demás que aquí no se nos han ocurrido nunca, y el mismo pueblo, al hallarse en contacto con la Naturaleza, ve y siente de una manera especial, como lo demuestran sus fiestas, sus ceremonias y sus tradiciones. Por eso no registramos grandes paisajistas en España, como tampoco en Italia, siendo, los que existen, discípulos más ó menos directos del extranjero. Es que nos falta *sensibilidad naturalista*, por más que poco á poco, y por la fuerza de la voluntad, la van adquiriendo, ó la han adquirido, los que honran hoy con sus paisajes el arte nacional.



Jonh Collier: EN EL BOSQUE DE LAS ARDENAS

Escena de la comedia de Shakespeare Como guárdia, entre el bufón Touchstone (Piedra de toque) y la aldeana Audrey.—Acto III, escena III



LA GRAN VENCEDORA

Cen pasado callado avanza
allá en la última hora
la horrible muerte, lo mismo
al alcázar que á la choza.

Bajo su aguda guadaña
todos los cuellos se doblan
como los debiles juncos
que la hoz por igual corta.

Es cierto que en los hogares
donde la miseria mora
de la terrible enemiga
más la presencia se nota.

pero es porque la desgracia
es más inmensa y más honda
y doquiera se la encuentra
triste afligida y llorosa.

Más la muerte allí concurre,
cuando le allí le toca,
casi con pena y con miedo,
angustiada y temblorosa.

—Yo bien comprendo,—ella dice,
—que aquí es nefanda mi obra
y que aquí nunca debiera
penetrar devastadora.

Aquí en orfandad precaria
dejo prole numerosa
y mi entrada es maledicida
con murmuraciones sordas.

Aquí siempre que mi mano
sobre una frente se posa
abro una fuente de lágrimas;
trao mi los pechos azules.

Tal vez algún desgraciado,
cual su salvación me invoca
y entonces yo compasiva
le consuelo presurosa.

Pero las víctimas estas

que me llaman y me exhortan,
que siempre tengo en mis manos
y á morir siempre están prontas,
no son aquellas que busco
con ansia de hambrienta loba
sino son las que me huyen,
no me llaman y me odian.

Es verdad donde la muerte
en poner su planta goza
es en el rico palacio
mansión de augustas personas.

Allí nunca se la espera
y siempre llega á deshora
cayendo sobre el alcázar
como la nocturna sombra.

Y es en vano que las sienes
del que por suyo ya acota
la muerte lángidas cubran,
cien espléndidas coronan.

En vano que en mil combates,
su no vencida tizona
haya conquistado el triunfo
segando vidas preciosas.

Sin cañones, sin fusiles
ni héroes llenos de gloria,
ahora postrado en su lecho
donde un fiero mal agovia

Llegase por fin la muerte
en su marcha silenciosa
y en un invisible tajo
de su vida el hilo corta.

—No puede ser—triste exclama
el soberbio con voz ronca,
—Yo no debo morir nunca,
jamás sufrir una derrota.

Y aunque tú vengas armada
con esa segur traidora
y aunque contigo traieras
la más agueruida tropa

habré de vencerte al cabo,
pues aquí mismo en mi alcoba
te espera el amor, la ciencia,
mi fortuna poderosa.

El amor con sus abrazos
me pondrá una recia cota,
la ciencia con sus inventos
y sus fuerzas mistéricas

armas me dará tan fuertes
que aunque fueras una diosa,
habré de hacer que en el polvo
rueda tu derecha tola.

Y como en mí muchas arcas
oro y oro se amontona
podré adquirir cuanto falto
para mi existencia hermosa.

Ante tan necias bravatas
la muerte rie burlona,
pues ella es en este mundo
la universal vencedora.

Y con sólo un leve beso
de su muda helada boca
deja por siempre abatida
la frente más orgullosa.

FRANCISCO COBES





PASTORA DE ANADES, Cuadro de Val Prinsep

EL JUEZ DE VILLATRISTE



Los periódicos habían publicado la noticia de que iban á ser ahorcados los tres reos de Villatríste, acusados de haber cometido los delitos de robo y asesinato, con todas las circunstancias agravantes.

Angel, que estaba en el café con varios amigos, al leer la noticia dió un fuerte puñetazo en la mesa, en su semblante se reflejó una expresión de terror y dijo:

— ¡Dios se apiade de todos!

— ¿Conocía usted á los reos?— le preguntó uno de los concurrentes.

— No:— respondió Angel. — soy amigo del juez. Por eso pido á Dios que le perdone y que tenga piedad de los acusados.

Ninguno ha confesado el crimen y han sido condenados por indicios en un proceso que tiene más de catóree mil folios, instruido por Rodríguez. ¡No pueden ustedes comprender el terror

que esto me inspira y la inquietud que produce en mi alma la situación de esos tres desdichados!

Y Angel refirió la historia de Rodríguez, el juez probo y serio, de cuya prodigiosa actividad se hacían lenguas los honrados vecinos de Villatríste.

Sergio Rodríguez era un hijo de familia modesta, la cual á costa de grandes sacrificios y penalidades pudo costearle la carrera de abogado.

De niño había sido lo que vulgarmente se llama un hombrecito, formal, tristán, sin que nunca se le viera distraído en los juegos propios de la edad infantil: de joven, adquirió un aspecto de seriedad que fué motivo de donosas burlas de sus compañeros en las aulas; no frecuentaba tertulias; se negó resueltamente á faltar á clase ni un solo día; no formó parte de esas alegres pandillas de escolares en las que brilla la alegría de la juventud, con los vivos resplandores que luce el sol en un hermoso cielo de primavera, y estudiaba con afán, haciendo frecuentes citas clásicas con la audacia y orgullo de los pedantes. Jamás tuvo una idea original. Su memoria, como los espejos deslustrados que reflejan débilmente la luz que les hiera, era un archivo de pensamientos ajenos confusos y sin vigor: discurría por cuenta de alguno de sus autores favoritos; y era indiferente, calculador, egoísta, muy aficionado á la polémica menuda, verdadero tipo de los funcionarios eurialescos.

No se le conocía ninguna amante, y con las mujeres, como con los amigos, procuraba ser un modelo de corrección. Su alma estéril no había sentido el fuego del amor, ni los vigorosos alientos de las nobles pasiones que ennoblecen á la juventud, guiándola por un camino de libertad y esperanza.

Cuando le entregaron el título de abogado estaba reventando de orgullo y se prometía eclipsar á todas las glorias del foro. Pero sus vanidosas ilusiones, todo el humo que llenaba su cabeza hueca se desvaneció al soplo de la realidad. Su primera defensa fué un verdadero desastre y si el tribunal no hubiera tenido compasión del acusado, por un simple delito de hurto estaría en presidio toda su vida.

Atribuyó su descalabro á secretos manejos de seres envidiosos y á falta de protección en las regiones donde se reparten honores y mercedes. Intentó ser político y en una reunión del comité de un distrito, pronunció un discurso que mereció ingeniosas burlas de los que llamaba sus correligionarios; quiso ser periodista y recorrió las redacciones de los diarios sin que en ninguna se atrevieran á publicar sus sandeces, con ser tantas las que se imprimen con lamentable frecuencia; rodó por bufetes, casas de banca y de comercio y de todas partes le despidieron en forma cortés, porque su aspecto formal inducía á tratarle con cierta consideración, pero manifestándole que no podían utilizar sus servicios.

De su larga peregrinación en busca de un empleo lucrativo, única aspiración de Sergio, solamente había quedado inóculum su fama de hombre serio. Todos los que fueron sus jefes decían lo mismo.

Es un pedante, un imbécil; no sabe escribir, ni pensar; las lecturas en vez de ilustrarle, sugieren á

su imaginación los mayores desatinos; no puede hacer una operación aritmética porque se equivoca. No sirve para nada; pero es un joven muy formal.

Todavía hay quien cree que un hombre serio es el ser más perfecto de la creación y en este caso se encontraba un magistrado de provincias, á quien produjo excelente efecto la cara de cómico de tragedia de D. Sergio Rodríguez. El buen hombre tenía una hija bastante desgraciada, pues la Providencia le había negado todos los encantos que hacen adorables á las mujeres.

Me parece imposible encontrar personas tan semejantes en sabiduría, gustos y aficiones, como lo eran el magistrado, su hija y el Sr. Rodríguez. Parecían muñecos mecánicos que hacían profundas reverencias cuando se les tocaba al resorte que movía la máquina, sin que en sus ojos brillara el fuego de una pasión, ni en sus frentes se reflejara la expresión de una idea. Sergio, á quien el magistrado permitió emplear su influencia con un personaje político para que le dieran un juzzado, se creyó en el deber de pedirle la mano de su hija y el joven llegó á los altares de Himeneco con el mismo semblante grave y la misma frialdad que, en época de triste recuerdo para él, subió á los estrados de la Audiencia.

La promesa del suegro fué cumplida fielmente y hace do- años me quedé estupefacto cuando supe que el Sr. Rodríguez administraba justicia en el territorio de Villatriste.

Estuve á verlo en ocasión que instruía un proceso contra un pobre diablo á quien gustaban mucho



las cerezas, y tuvo la debilidad de comerse unas cuantas del árbol de un vecino, enemigo político suyo y hombre cruel y vengativo.

Para perseguir tan horrible delito, llevaba escritos más de dos mil folios, habían prestado declaración hasta los niños del pueblo y continuaba las actuaciones derrochando en ellas todo el caudal de su erudición.

Como el acusado era hombre listo, muy chusco y había conocido el flaco del juez, procuró desviar la atención de su persona arrojando sospechas sobre muchos de sus paisanos; y para que la justicia no quedase burlada y desvanecer las dudas que atormentaban su conciencia profesional, el Sr. Rodríguez dictó auto de procesamiento contra todos los vecinos de Villatriste que á sus preguntas contestaron que les gustaban las cerezas.

El alguacil, uno de los habitantes más ilustrados del pueblo, decía con verdadero entusiasmo:

—¡Es un juez de cuerpo entero! ¡Vea usted que cara! ¡No se sonríe jamás! Nunca se sabe cuando está triste ó alegre y como habla poco ignoramos lo que piensa.

Si todos siguieran sus procedimientos no quedarían crímenes impunes. Hace un mes se encontró el cadáver de un hombre á la entrada del pueblo y mandó prender á todos los que habían pasado por las inmediaciones de aquel sitio desde las ocho de la noche. En una hora metí en la cárcel á treinta y nueve personas.

Al día siguiente se supo por el juez de la Alameda que se trataba de un suicidio, pues había recibido una carta del infeliz, escrita momentos antes de quitarse la vida, en la que le participaba su decidido propósito de pegarse un tiro, y los presos fueron puestos en libertad.

¿Qué se perdió con que durmieran una noche en la cárcel?

Si se hubiera tratado de un crimen ¿no era admirable la previsión de un juez que preparaba de modo tan maravilloso la instrucción del proceso?

¡Y lo qué escribe su señoría! Todas las semanas sale de aquí un carro de papeles. No puede figurarse el efecto que causan en estos sencillos labriegos las citas que hace en latín y que no entendemos ninguno del pueblo. ¡Crea usted que da miedo verle trabajar!

Los casos que he citado y otros que me refirieron el alguacil y el propio Sergio Rodríguez, me hicieron dar la razón al locuaz golilla. Verdaderamente infundían miedo los trabajos del juez de Villatriste.

El severo sacerdote de Themis me despidió con su acostumbrada gravedad citándome varios textos clásicos adulterados por su memoria infiel, y salió rápidamente de aquella casa honradísima, pero en la que no brillaba el resplandor de una idea, ni la alegría de una sonrisa: donde el amor, la amistad y todos los sentimientos se regulaban como las máquinas de precisión, por movimientos uniformes; el amor estaba siempre serio, pensando las palabras que iba a decir una hora antes de pronunciarlas; la señora parecía una muñeca de resorte, y hasta el gato, sugestionado por aquel ambiente de formalidad, andaba muy despacio y miraba a los visitantes con absoluta indiferencia.

Desde el fondo del carruaje vi a un chicleo comiéndose las manzanas que arrancaba de un árbol.

—¡La prueba de indicios!— pensé.— Mañana estarán procesados todos los vecinos del pueblo a los que les gusten las manzanas.

¿Comprendéis por qué tiemblo al pensar en los tres desdichados envueltos en los catorce mil folios del proceso formado por don Sergio Rodríguez, hombre honrado, funcionario celoso y activo, temido por su severidad y cuyo rostro enigmático infunde respeto a los infelices trabajadores del campo? ¿No creéis que debo pedirse a Dios piedad para el juez y los desventurados reos de Villatriste?

GABRIEL BRIONES

BARCELONA

Publicamos en este número algunas instantáneas de escenas barcelonesas que pueden hacer formar idea de ciertos particulares de esta populosa capital. ¿Quién no ha oído hablar de la famosa Rambla de las Flores, encanto de cuantos visitan nuestra ciudad y paraíso de no pocos vecinos y vecinas de la misma? La tal Rambla, en efecto, reúne los más peregrinos alicientes, recreándose en ella al par la vista y el olfato.

Puede verse también la instantánea de un entierro de primera con su acompañamiento de asilados; en eso de enterrarlos a los difuntos se ha progresado también mucho en Barcelona de manera que pronto los entierros competirán en coste y pompa con los de la China. Puede decirse que no es digno de figurar entre la plutocracia (no *plutocracia*) el que además de tener coche y palco en el Liceo no posee un panteón, más o menos suntuoso, y naturalmente, a tales panteones de lujo corresponden entierros en que se haga alarde de la mayor esplendor.

Como capital rica abundan en esta las ama de leche, lo cual, como deduciría Pero Grullo, es señal de que hay muchas señoras que no pueden o no quieren dar de mamar a sus vástagos. Parece ser, no obstante, que la proporción de madres que no pueden criar a sus hijos no pasa del 2 por 100. Eso de tener nodriza viste mucho, y no faltaría más sino que Doña Mengana se permitiese ese lujo y no hiciese otro tanto Doña Perengana. Es cuestión de moda y de buen parecer, de la misma manera que asistir a ciertas misas, aunque la iglesia no pertenezca a la parroquia.

El *Paseo de Gracia*, es otra de las cosas notables de Barcelona: pocas avenidas habrá en las más famosas que la excedan en longitud, y anchura, en la belleza de los edificios que la bordean, en la frondosidad de los árboles, en la animación de sus calles y en la comodidad del paseo central de coches. La perspectiva es soberbia, y con justicia puede envernarse esta capital de poseer tan magnífica vía, frecuentada a todas horas y constantemente animada, resultando, a pesar de sus vastas proporciones, insuficiente los domingos y las fiestas para contener el gentío y el sinnúmero de carruajes que en ella se dan cita.



FLORISTAS DE LA RAMBLA

Aparte de lo dicho es evidente que le faltan á Barcelona muchas cosas indispensables para poder aspirar á ser una capital completa. La preponderancia mercantil é industrial ha hecho descuidar por de masiado tiempo la parte intelectual en sus múltiples manifestaciones y ya sería hora de emprender una enérgica campaña en pro de la creación de establecimientos verdaderamente científicos y artísticos. Faltan museos, bibliotecas, laboratorios; faltan hospitales como requieren los progresos de la higiene; faltan buenas salas de concierto, derribada la preciosa Sala Beethoven; faltan monumentos públicos de verdadero mérito. Y eso es tanto más indispensable en cuanto Barcelona está llamada á



EN EL PASO DE GRACIA



NUESTRAS NIÑERIZAS (PLAZA DE S. JUAN Y CALLE DE CORTES)

rinde culto á las ciencias, las artes y las letras.

A la fama de Barcelona rica, de Barcelona emporio, de Barcelona industrial es preciso que venga á añadirse el de Barcelona modelo de cultura y de refinamiento artístico. Los grandes capitalistas podrían hacer mucho en este concepto protegiendo más de lo que hacen hoy á los artistas y sabios; imitando á alguno que otro Mecenas en punto á conceder subvenciones ó pensiones; legando cantidades con destino al fomento de la instrucción, etc. No solo de pan y toros vive el hombre y ya que Barcelona cuenta con dos plazas de toros, justo es que atienda también á otra clase de manifestaciones.

un desarrollo portentoso si se realiza en toda su extensión el proyecto de la *Zona aduanera neutral* en cuyo caso bien podría llegar á ser el gran depósito de todos los productos que enviase Hispano América á Europa.

No hay que descuidar, pues, el fomento de los intereses intelectuales al mismo tiempo que el de los intereses económicos, pues toda gran población se honra en favorecer tanto los unos como los otros. París, Londres, Berlin, Nueva York, Hamburgo, Viena son no solamente grandes focos de progreso material sino también ilustres centros en que se



LAS NIÑAS DE LA CASA DE LA CARIDAD EN UN ESTUDIO

DE CUARESMA por Tovar



Con una cesantía crónica digan ustedes
si mi estómago estará para bacalao.



Teniente de la escala de rezerva... lenteja perpetua.

Yo no pierdo oficio alguno;
murmuro de todo el mundo;
pero ayuno!



¡Quién dirá que yo ayuno!



Pues Señor, de lo que hablaban mi mujer
y su primo me he quedado en ayunas.



Condenado á la vigilia.
¿Qué importa? Soy moderalista.



¡Quién dirá que aun no
me he desayunado!



SEMBLANZAS MUSICALES

JOSÉ TRAGO

En 1881 tomamos el camino de París algunos correligionarios de Ruiz Zorrilla. Íbamos a lo de siempre, a darle los últimos toques a una de tantas intentonas revolucionarias que, como todas, fracasó, y, como cualquiera de ellas hubiera podido triunfar si la mayor parte de los comprometidos no se hubiesen llamado andana.

Cuando llegamos a casa de D. Manuel, éste contra su costumbre, no estaba allí.

Preguntamos por Ruiz del Arbol, por López, por cualquiera de los inseparables del impenitente conspirador y nos dijeron que todos habían ido a la Sala Erard a oír un concierto. Muy notable debía ser la cosa para sacar de sus casillas a un hombre nada filarmónico y que sólo en la revolución tenía el pensamiento. Al volver a casa venía radiante de júbilo; la satisfacción le rebosaba por todos los poros de su cuerpo.

— ¡Hace mucho tiempo que no he pasado unas horas tan felices, — nos dijo. — Es admirable, admirable. Ya se irán convenciendo de que España tiene cada vez masgenio y más cultura y es digna de regirac porsí sola.

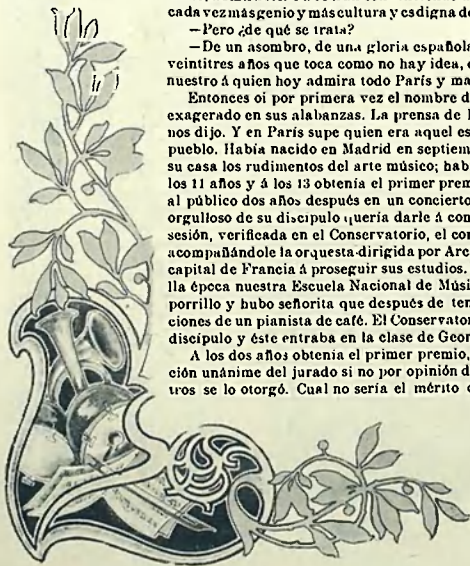
— Pero ¿de qué se trata?

— De un asombro, de una gloria española, de un chico de veintitres años que toca como no hay idea, de un compatriota nuestro a quien hoy admira todo París y mañana aplaudirá el mundo entero.

Entonces oí por primera vez el nombre de Tragó. Ruiz Zorrilla no anduvo exagerado en sus alabanzas. La prensa de París decía más que D. Manuel nos dijo. Y en París supe quien era aquel español que tanto brillo daba a su pueblo. Había nacido en Madrid en septiembre de 1875; había aprendido en su casa los rudimentos del arte músico; había entrado en el Conservatorio a los 11 años y a los 13 obtenía el primer premio, por unanimidad: se presentó al público dos años después en un concierto organizado por Compté, quien orgulloso de su discípulo quería darle a conocer; había hecho oír en aquella sesión, verificada en el Conservatorio, el concierto en *mi bemol* de Beethoven acompañándole la orquesta dirigida por Arches y por último había pasado a la capital de Francia a proseguir sus estudios. Porque triste es decirlo, en aquella época nuestra Escuela Nacional de Música daba los primeros premios a porrillo y hubo señorita que después de tenerlo, se vió obligada a tomar lecciones de un pianista de café. El Conservatorio de París admitía a Tragó como discípulo y éste entraba en la clase de Georges Mathias el año 1875.

A los dos años obtenía el primer premio, y lo obtenía, no sólo por la votación unánime del jurado si no por opinión del público que antes que los maestros se lo otorgó. Cual no sería el mérito del pianista que, aun tratándose simplemente de un alumno, el París artístico lo conocía, teniendo por un notableidad.

Por eso el día del concurso, al aparecer nuestro compatriota en aquella amplia sala repleta de gente, se oyó esta palabra mil veces repetida: *l'espaganol. l'espaganol*; que equivalía a decir: ese gran



pianista de que tanto nos hablan, ese muchacho que disputa el premio á los franceses, ese discípulo que ya tiene fama de maestro.

Al acabar Tragó sus ejercicios, el público le hizo una tremenda ovación, y después, cuando Ambroise Thomas pronunció las «sacramentales» palabras de: —*Mr. Tragó, le Jury*

vous á accordé le premier prix, estableció en la sala una verdadera tempestad de aplausos. La casa Erard le regaló un

hermosísimo piano de cola, obsequio que hace siempre á los que obtienen la misma distinción. Y ocioso es decir que los fabricantes no hacen eso á humo de pajas. Después de aquel éxito Tragó vino á España y se hizo oír en el teatro del Príncipe Alfonso. En la 4.^a sesión verificada en marzo del 78, el joven pianista se presentaba á nuestro público.

Fué una honrosa presentación. E' concierto en *do menor* de Beethoven ejecutado por Tragó arrebató á los *dilettanti* y aunque estos se la traían con la orquesta, la ovación fué estruendosa y el virtuoso se vió precisado á tocar solo un sin fin de números que hicieron más y más interesante el concierto. Al año siguiente sus triunfos en París fueron inmensos; veladas en salón Pleyeh, conciertos en *Cirque d'Hiver*, sesiones en la sala de Erard; por todas partes se le aclamaba y en todas le tributaban honores de maestro. Faure, el gran Faure, cantó con él en un concierto y la orquesta Pasdeloupe, le acompañó varias veces; una de ellas el concierto en *re* de Mendelssohn. Ese honor que aquella orquesta hizo á nuestro compatriota, no lo han conseguido muchos artistas franceses de gran nombre, lo cual bastaría para dar una idea de lo que tienen de Tragó en el cerebro de

Europa. El año 86 fué nombrado profesor de número en la Escuela Nacional de Música y bien puede decirse que su clase es la más seria de aquel establecimiento. Tragó no se prodiga: si á instancias de sus amigos, de sus compañeros y de la prensa organiza algún concierto, toca á disgusto, creyendo siempre que el público está harto de oírle y no vale la pena el convocarle para una sesión de piano. Y cuando los aplausos le interrumpen, cuando los bravos estallan, cuando terminada la sesión, sus admiradores le abrazan, le estrujan, el vitoreando piensa que todo aquello es hijo del capifio y nada más. Buena es la modestia; pero tanto se peca por carta de menos como por carta de más y es un delito de lesa patria el que Tragó por encogimiento, por cortedad, por cerrar los ojos á la luz se quede siempre en la penumbra. No; debe sacudir ese letargo; debe, siquiera una vez en su vida, dejar de ser el *hombre interior* de que nos habla Wagner y ser el artista *exterior*, el que recorra todas las grandes capitales del mundo haciendo ver lo que en el arte músico produce España. Lo ofreció en el banquete dado en su obsequio, hace un

año y debe cumplirlo. No voy á incurrir en la cursilería de juzgar á Tragó. No voy á decir una vez más, que tiene arranques de león y ternuras de niña; que canta como nadie y siente como pocos; que el piano en sus manos resulta una orquesta; que es imposible llevar más lejos el mecanismo; que sin moverse, sin pose, como la cosa más natural del mundo.

Díre solo que Tragó es como pianista, lo que fué Gayarre como tenor y Lagartijo como torero.

La perfección suma.

PASCUAL MILLAN

CÓRDOBA (REPÚBLICA ARGENTINA)



LA CATEDRAL



EDIFICIO DEL GOBIERNO EN LA PLAZA

Las vistas fotográficas de Córdoba que reproducimos hoy y debemos á la amabilidad del Sr. Martin llenin ilustran más que cuanto pudiéramos decir por escrito la verdadera fisonomía de aquella ciudad tan importante por su historia como por su presente. Surcada la provincia por numerosas líneas férreas, riquísima en ganadería, situada en el centro de la gran república y, por lo tanto, sitio de tránsito para el comercio entre las provincias del Norte y las del Sur y para el de la región andina con la de las pampas, es Córdoba un centro mercantil de la mayor importancia, y demuestra su prosperidad el contar hoy con 67,000 habitantes siendo así que á mediados del pasado siglo apenas si ascendía su población á 12,000 almas.

Sede durante dos siglos de la dominación de los jesuitas cuenta con muchas iglesias, y conserva la Universidad fundada por aquéllos, aunque con muy distinto carácter. Dos magníficos puentes facilitan el paso del río Primero, de pintorescas orillas. Entre los monumentos modernos figura una estatua de Velez Sarsfield, así como el edificio de la Aca-



PUENTE SARMIENTO



EL BULEVARD EN EL PUERTO DEL GENERAL PAZ

demia de Ciencias y el Observatorio Astronómico, grata memoria de la inolvidable presidencia de Sarmiento.

Aparte de su carácter comercial es también Córdoba una ciudad manufacturera funcionando en ella varias fábricas de tejidos de lana y algodón. Abunda en Córdoba el elemento gaucho, tan notable por su valor y destreza como por su desarrollada inteligencia, y de ahí que ostente la ciudad un sello especial y propio, á diferencia de otros centros en que predomina el cosmopolismo.



EN LOS REINOS DE LA FANTASIA

Ayuntamiento de Madrid



AL MAESTRO CUCHILLADA

Se murió el pobrete
de Tomás Padilla,
y al irse del mundo
dejó á la familia...
muy buenos recuerdos
de gratas caricias,
y eterno cariño,
pues por su desdicha
sólo le quedaba
que perder... la vida.
...¡Y dejó en la tierra
la mujer, tres hijas,
dos chicos pequeños,
suegra y cuatro primas!!
¡A muchos estómagos
despena vacía!

Pasó el novenario
y al ver que no iba
la mujer del muerto
á encargar las misas
de rigor, el cura

fué á su casa un día
y dijo estas frases,
ú otras parecidas:
—He visto con pena,
mi estimada amiga,
que del pobrecito
de Tomás te olvidas.
—¿Por qué?—dijo ella
—Porque no te fijas
en que vá á perderle
tu fatal desidia.

Vió la vinda claro
lo que él pretendía;
pero era imposible
decirle las misas
¡pues tenía sólo
cuatro perras chicas!
—Es imperdonable
—el cura decía—
que padezca el alma
de aquél que fué en vida
el esposo y padre
mejor de la villa.
¡Y pensar que salvas
su alma, hija mía
por cuatro pesetas!...
¡Parece mentira!
¡Merece otro pago
mejor tu Padilla!...
El fué cariñoso,
odiaba las riñas,

fué á misa á diario,
jámás sintió envidia,
no habló mal de nadie,
amó á su familia,
fué siempre su alma
la más compasiva,
sufrió mil desvelos
cuidando á sus chicas,
sacaba á sus chicos
pasando fatigas,
¡y quiso á su suegra
con idolatría!...
La viuda un rato
quedó pensativa.
Y pensaba el cura.
¡La tengo vencida!
¡Me dá las pesetas!...
—¿Qué piensas Cecilia?
—le dijo en voz alta.
—Pues pienso, D. Dimas
que siendo tan bueno
mi pobre Padilla...
—Fué un santo del todo.
—Yo ya lo sabía.
Pues por eso pienso
que si él en la vida
hizo nada malo...
—¡Ca! Na 'a, hija mía
—¡Maldita la falta
que le hacen las misas!

FELIPE PEREZ CAPO

CUENTOS PROVINCIANOS

EDUCANDO NOVIAS

I



ERAN las gentes de Pepito Ruiz, que estaba de novio en el pueblo; y era la verdad. Porque con ser muchacho de talento grande, simpático y de algunos posibles que debiera estar bien con todo el mundo, el arte se daba en el trato de personas que andaba á la greña con sus amigos, mal con las niñas casaderas y á regañadientes con su propia familia.

Estas rarezas de Pepito tenían su *«m quibus»* y su explicación. Porque el mozo, no «tenía á otra cosa que á estudiar á las mujeres, con lo que se atraía las iras de los varones, ni pensaba más que en casarse, sin acabar carrera ni allá orilla, por lo que tenía á los de su casa con cara de batateros. Así las cosas, decidióse á elegir mujer; y como sus gustos y aficiones iban por otro lado que los de las muchachas pisanas suyas, vió el cielo abierto con la llegada de una forastera, la hija del nuevo juez, que plantó sus reales frente por frente y que era una señorita que ni pintada.

Y fué lo que hubo que ver por entonces, el cortejar de aquel mozo. A quien sus pisanas tenían por chillado y enemigo del amor. ¡Qué de rondas, de serenatas, por y para la forastera! ¡Cuánto de sutiles agasajos, de palabras delicadas, de finos rendimientos! Porque lo juntaba todo; el pensar acertado y la ejecución feliz. Y era, por singular favor divino, agradable sin chocar-

rias, romántico sin chilladura, generoso sin jactancia y en cada una de estas cosas, y en todas ellas amante rendido, galán resuelto, señor ante los extraños y siervo humildísimo con ella sola. De esta manera, la forasterita, aun resistiéndosele al principio tanta gloria, que la creía un sueño, por tratarse de un veleta como él, en fuerza de oír súplicas y de ver milagros patentes, rindióse satisfecha. ¿Y quién no se rendía, si como decía la gordiflona jneza aquello era la mar con sus barcos? Pero ¡ay!

*«que la que se durmió de amor señora
ha despertado esclava con la aurora.»*

Y Pepito hizo buenos estos versos de Herrera, pues, á lo mejor, y sin que se averiguara el porque, dejó el pueblo, cogió el portante y se plantó en Madrid en un periquete.

II

Dice sabiamente un autor que «la dignidad se alimenta de hambre»; y como el muchacho no le trajo á la corte más que su dignidad y un agujereado maletín, con él á cuestras pasó el hambre por la villa. Tropezó mi hombre, sabe Dios como,

con una rubia de las de lanza en astillero,

que dice un amigo mío. Es á saber: fría, impasible, inglesa por la catadura, y española, mas aun, andaluza, luego que aquellos ojos tan bonitos decían «¡allá vamos!» y que aquella bo-

quita salivosa y encarnada dejaba escapar, con el pícaro acento malagueño, la sabrosa mulletilla de «No se ponga usted así, ¡Jozú, que hombre!»

Era hija de un general de los de la última hornada, con sus puntas de marisabidilla y sus ribetes de señora de alto

coturno. Alma antojadiza, apasionada de lo atrevido y de lo misterioso, vió en el aventurero galán su media naranja, y ni por los clavos de Cristo consiguió el general vendehumos á quien los blasones le ponían meloso



quitarla de la cabeza aquella chifladura. La hermosa rubia seguía firme en sus trece y Pepito llegó á tener en la casa gran predicamento.

¡Ah Corydon, Corydon; que te dementla cepit!

El mozo, viendo un peligro en la vida cortesana, para la que le faltaba todo, enderezó sus golpes contra ella; y aprovechando aquel resqueicio, la poquita brecha que en el alma orgullosa de la rubia dejaban los sueños románticos, pensó en atraerla á sí más poderosamente para luchar en el terreno que tan conocido le era. Y empezó á educarla, infiltrándole el odio á Madrid, á la engañosa vida del saludo cortés y la maldición por dentro. Allí, en aquel cortijo andaluz, lejos de todo y de todos, si que vivirían la vida del amor. Los dos juntos á solas, entre las umbrías de la huerta, al fresco de las orillas del tienil, oyendo cantar los pajaros, viendo al sol dorar los rastrojos de la campiña, las manos sujetas, los ojos entornados. Un puro gozar, un idilio, una ternura incomparable, con aletas de pájaros y chasquidos de besos.

*¡Oh monte, oh selva, oh río!
¡Oh secreto seguro decíteos!*

Y con versos de Fray Luis y estrofas de su propia cosecha, Pepito sacó de sus casillas á la muchacha; de modo tal, que ya comenzó á hablarse de boda. El general, viendo que la cosa iba de veras, por agarrarse á algo, se agarró á un capitán de búsaes gaditano, de campanillas y que sabía más que Lepe, el cual, muy mañosamente siguió la vena á la niña. De suerte que, cuando acordó Pepito, el capitán y la rubia se casaron y al otro día tomaron el expreso para Sanlúcar, resueltos á vivir para siempre jamás en una deliciosa quinta que allí tenía el marido. Pepito se consoló, al saber que iban á hacer la vida del campo. Y tomó el tole para su pueblo.

III

Como en los pueblos, el señorío no trabaja, las muchachas algo que se pasan la vida mano sobre mano. Y como de esta ociosidad continua nace, según Petrarca, el amor,

*«ei naque di otto
é di lasera umana»*

Pepito, como si hubiera ido á Sevilla, perdió su silla; y al volver de la Corte, hallóse á la forastera con novio.

Pasó algunas semanas haciendo de tripas corazón, apartando que se le daba un camino aquel nuevo de engaño. Pero la vida del pueblo se le iba haciendo insoportable, y Madrid le quitaba el sueño.

Y ni visto ni oído. A ella se fué, deshancó al novio y en un decir Jesús se hizo amo del cotarro.

A Carmen, que así era el nombre de la novia, se le despertó el gusto en fuerza de tanto como sigalán la predicaba. Y no usando de provinciana discreta, dió en la flor de hacerse cortesana relinadísima, para lo cual echó mano de periódicos, revistas de modas, música, métodos de francés, ¡qué se yo!

El odio al poblacho, á la vida de maldecir de todo y de todos, era la comidilla de los amantes. Estaban conformes. Había que poner tierra por medio, que alejarse—para no volver más—de aquella jauría mal educada y peor oliente. En casándose á Madrid los dos.

Y el muy tuno, con lo poco que de la Corte sabía y lo mucho que inventaba, puso turulata á la novia, la sacó de quicio, hasta convertirla en una damisela ridícula que, aun para andar por casa iba de punta en blanco y que gastaba un dineral en crema y perfumes.

IV

Llegó en esto la famosa feria de Osuna, y allá fué Carmen hecha una reina de altiva y de hermosa. Y á ella acudieron, como moscas á la miel, unos cuantos señoritines barbilindos, *smart m y* tirados de *smoking* y muy dadvosos de palabras francesas, italianas é inglesas, y de maneras tan exquisitas que hacían un saludo en el filo de una espada.

En resumidas cuentas: que Carmen, salió de allí para casarse con Juanito López, socio de la Peña, distinguido *clubman* y presunto diputado por un distrito gallego. Y que también esta vez, Pepito trató de consolarse viendo que, aunque su novia le dejaba... le dejaba para huir del poblacho y pasar tierra por medio, y vivir en la corte. Se iba: pero se iba á vivir en Madrid. Y á pesar de todo, se de buena tinta que Pepito ha de seguir educando novias...

CRISTÓBAL DE CASTRO



